

das por los instintos de la barbarie primitiva; que los imperios americanos, a quienes encuentran los españoles en los umbrales de una civilización que era vieja en su infancia; que los pueblos creadores de las obras maestras de la filosofía y del arte: todos le consideraron como el acto esencial del culto. Si Atahualpa ofrecía a Viracocha la llama y más de una vez la ñusca, si los sacerdotes de Guatemoc depositaban a los pies de Huitzilopochli los corazones palpitantes de los prisioneros, emperadores filósofos, como Juliano y Marco Aurelio, sacrificaron verdaderas hecatombes de bueyes y ovejas; y cuando Plinio, gobernador de Bitinia, describe a Trajano los progresos que el cristianismo va haciendo en su provincia, parece como si lo que más le doliera es ver los mercados llenos de animales de toda clase, que nadie lleva a los altares, porque los nazarenos ya no emplean esas víctimas.

Pero, lejos de suprimir el sacrificio, el cristianismo venía a darle su expresión definitiva. También a esto puede aplicarse la expresión de Cristo: «No vine a suprimir, sino a completar». Su sacrificio será la repetición de la última Cena. Y en la Cena del Señor, conforme en esto con el rito de la Pascua judía, hubo en primer lugar una ofrenda del pan y del vino. Fué, por tanto, inicialmente un sacrificio de ofrenda lo que la Iglesia quiso expresar en la celebración de la Eucaristía, y así lo decía con toda claridad la más antigua fórmula del Canon en Roma, la de San Hipólito, que reza de esta manera: «Acorrándonos, pues, de tu muerte y resurrección, te

ofrecemos el Pan y el Cáliz, dándote gracias por habernos juzgado dignos de estar en tu presencia y de servir a tu santo altar». Todavía son frecuentes las fórmulas que nos presentan la Misa como la oblación que hace la Iglesia de esos dones, de esas ofrendas, de esos obsequios, de esos sacrificios del pan y el vino, recogiendo así un gesto familiar a la Humanidad, perpetuando una fórmula milenaria y elemental del sacrificio.

Mas de pronto el rito primitivo queda superado por el cambio de los elementos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esto da al acto una resonancia dramática y un valor sin igual. Han sido ofrecidos los bienes de la tierra, y esos bienes de la tierra desaparecen efectivamente, para cobijar bajo sus apariencias una víctima, que tiene una grandeza soberana. Al sacrificio pacífico de la ofrenda se va a sobreponer el sacrificio trágico de la expiación y de la propiciación. Y así el sacrificio de la Misa se convierte en el misterio del Hombre-Dios.

Connatural al espíritu humano, el sacrificio recibe en la Nueva Alianza su perfección suprema y su eficacia infalible. Era una herencia universal de todas las civilizaciones, lo mismo que el lenguaje, y lo mismo que para el lenguaje, se buscó la causa de su origen en una revelación primitiva. La explicación, sin embargo, está más cerca de nosotros: esa interna e insobornable necesidad religiosa, esa conciencia, que tiene el hombre de su pequeñez ante el infinito y que ningún esfuerzo materialista será capaz de arrancar.

